



LEGADO CORRUPTO

Una serie de NATHAN JERICHO



RAÚL
GARBANTES

Richard Nixon ha sido el nuevo presidente de Estados Unidos y las conspiraciones están a la orden del día durante los llamados tiempos de paz. El exdetective Jericho, aliado ahora con Damascus y Anezka, colaborará con un grupo de personajes poderosos que se hacen llamar a sí mismo Los Conspiradores. Este grupo busca terminar con el mandato del presidente Nixon e impedir el resurgimiento del Proyecto Jericho bajo el nombre Enoch por medio de diversas actividades clandestinas que van desde espionaje hasta asesinatos, así como la fabricación del escándalo Watergate, todo ello como parte de la llamada Operación Diluvio. Mientras realizan estas misiones, Jericho intenta sanar las heridas de su pasado mientras establece vínculos emocionales con Anezka, a partir de una relación tóxica, pero también consigue fortalecer la alianza con su antiguo rival. Damascus y Jericho comprenden que son hermanos por encima del polvo y la podredumbre dejada por un legado corrupto que nunca quisieron poseer. Solo uniendo fuerzas podrán vencer a sus enemigos y conseguir la justicia que tanto han buscado. ¿Podrán lograrlo sin cruzar el límite que separa lo correcto de lo monstruoso? Hay mucho en juego y cualquier paso en falso comprometerá la historia del mundo moderno.

LEGADO CORRUPTO

Raúl Garbantes

Prólogo

En algún lugar no identificado de Estados Unidos, 1971

El futuro de las naciones se determinaba en lugares ocultos como ese y de manera extraoficial. No siempre los hombres más poderosos se correspondían con los rostros y nombres más conocidos. Es decir, quienes realmente tomaban las decisiones importantes que traerían consecuencias para el resto deliberaban en reuniones secretas entre acuerdos y pocas palabras.

El salón en aquella ocasión era muy sencillo, aunque decorado con sobriedad. Uno de los presentes ofreció su casa de verano, que contaba con un amplio espacio idóneo para reuniones como esa, para presidir un banquete o celebrar un baile. Sin embargo, no había nada que anunciara celebración en los rostros de quienes se sentaban a lo largo de una gran mesa. Se llevaba a cabo una conversación privada con suficiente protocolo y confidencialidad, donde cada uno de los implicados se notaba ansioso y aburrido al mismo tiempo. El grupo que allí se reunía secretamente era conocido como los Conspiradores, y bajo esta denominación se reconocían mutuamente en tanto compartían objetivos similares con una motivación común: ser contrarios al Gobierno de Nixon e impedir la creación del Proyecto Enoch.

Se miraban unos a otros como si intentaran descifrar un enigma o como si alguno de ellos tuviera una máscara bajo la cual se ocultaba su verdadero rostro, o, para ser exactos, sus verdaderas intenciones. Cada uno tenía una agenda

propia que respondía en mayor o menor medida con la agenda compartida que fundamentaba la reunión de ese día. Entre los invitados se encontraban personalidades de renombre como Gerald Ford, John Ehrlichman, David Young y Egil Krogh. En especial los tres últimos se mantenían como observadores silenciosos que solo intervenían cuando era preciso o si alguien les hacía una pregunta directa. Su presencia allí resultaba en extremo comprometedor, ya que se efectuaba a espaldas de Nixon, a cuyas órdenes desempeñaban cargos importantes. Cada uno de ellos tenía enemigos comunes o particulares que pagarían por la información sobre su asistencia para usarla en su contra. En ese sentido, aunque el ambiente reinante fuera bastante sosegado, era inevitable no reconocer cierta tensión disimulada en sus rostros.

En líneas generales, existía una sensación de natural nerviosismo entre los presentes, especialmente por parte de quienes desempeñaban cargos oficiales en la actual administración o eran personalidades públicas con una carrera política en ascenso. Su presencia respondía a intereses que no serían bien vistos por una parte de la Casa Blanca o por los miembros de los respectivos partidos a los que pertenecían, lo cual resultaba bastante peligroso. A la incertidumbre debía añadirse la constante paranoia de que alguien allí dentro sirviera a intereses desconocidos. Históricamente siempre existieron los dobles espías o los soplones. Cuando tantas voluntades individuales tan dispares entre sí pretenden alinear sus intenciones para alcanzar un mismo propósito, la posibilidad de que haya un cabo suelto o un elemento de descontrol que exponga una capa oculta bajo la aparente superficie del consenso es grande.

Después de un par de horas hablando, se atrevieron finalmente a profundizar en un tema que a la mayoría le preocupaba tanto como el futuro de la administración del presidente Nixon, y que en cierto modo guardaba relación con ello: el Proyecto Jericho. Por supuesto, se trataba de

un punto álgido, ya que hacía referencia a sucesos que se remontaban hasta veinte años atrás, cuando el mundo estaba en guerra, las grandes naciones se enfrentaban, cualquier paz posible parecía un sueño lejano y el colapso total era un riesgo constante. Ahora se vivían tiempos de aparente paz, en los que las guerras más importantes se libraban en salones elegantes con unos pocos privilegiados que cambiaban sus lealtades con la misma volatilidad con que el viento indicaba un nuevo clima.

A pesar de su antigüedad, el Proyecto Jericho era un tema principal en la agenda de reuniones desde hacía un par de años. Su importancia y efectos seguían generando situaciones que mantenían vigente la conversación, siendo imposible clasificarlo dentro del tipo de material confidencial que, una vez clausurado, se confina en un cajón solitario para que acumule polvo hasta que mueran todos los que alguna vez participaron. En este caso particular, la muerte de los implicados tan solo había conseguido que el Proyecto Jericho continuase generando preguntas, así como suscitando miedos entre quienes de alguna forma u otra intervinieron o llegaron a saber sobre su existencia.

Cada uno de esos muertos y desaparecidos, cuyos nombres estuvieron relacionados con el Proyecto Jericho, es mencionado durante la conversación. Nadie lamenta lo ocurrido, como si cada nombre fuera tan solo una cifra numérica que engrosa una predecible estadística sobre la cual se habla de una forma desapasionada. Son nombres destinados al olvido y que son mucho más útiles si se corresponden con un cadáver.

—Debemos ser muy cautos al respecto —recomendó uno de los asistentes—. Si alguien inicia un proceso de investigación que permita reconocer una relación entre estas muertes podríamos vernos en una situación comprometedora.

—Eso parece un escenario improbable —intervino otro—. El único factor que relaciona esas muertes es el Proyec-

to Jericho. Pero nadie a excepción de los presentes sabe sobre ese Proyecto. Y, por supuesto, los que todavía sobreviven entre quienes participaron en él. Sin embargo, estas personas son las que menos interés tienen en que alguien consiga relacionarlos con lo que allí ocurrió.

—No olvides a los niños que crecieron: Jericho y Damascus. Su grado de utilidad ha sido muy importante en los últimos años, pero eso no descarta que puedan representar un peligro para todos nosotros en el futuro.

Todos quedaron en silencio al escuchar la declaración de esta voz en particular. En este tema concreto la conversación es liderada por una figura cuya prominencia dentro del grupo de asistentes está definida por su poder, que es superior a cualquier gestión de gobierno anterior, posterior o actual gracias a que representa los intereses de su clase. El hombre en cuestión se conduce con la seguridad propia del que sabe el impacto que tienen sus palabras. Todos lo reconocen como uno de los hombres adinerados que son jefes de la cúpula de los Conspiradores y por lo tanto, a cada palabra que diga debe concedérsele una extrema atención. Imponente y elegante en sus gestos, es el tipo de persona influyente que prefiere permanecer en el anonimato, pero a quien deben consultársele las decisiones importantes que los rostros reconocibles del poder anunciarán después.

—Yo no me preocuparía tanto por ellos —acusó otro asistente que intervenía muy poco, solo cuando lo consideraba conveniente—. Ellos dos son los principales interesados en sepultar el Proyecto y destruir a cada persona que les hizo daño. Tienen una motivación más importante que el dinero o el poder: la venganza. Por supuesto, si en algún momento esta pasión que alimenta la rabia, gracias a la cual actúan conforme a nuestra voluntad, se llegara a desviar para volverse contra nosotros, entonces tomaremos medidas para neutralizarlos. Entretanto, nos conviene te-

nerlos de nuestra parte y recompensarlos por su excelente trabajo.

—No tendrían por qué volverse en nuestra contra —subrayó confiado alguien más—. Si llegado el momento nos aseguramos de recompensarlos como es debido, con ello saldaremos cualquier deuda. Sin embargo, es evidente que ellos lo harían de todos modos sin necesidad de que nadie se los ordene. Por ahora los necesitamos, y quizá desde mucho antes del momento en que iniciemos nuestros planes.

—Ellos no trabajan para nosotros —recordó sarcásticamente alguien en su intervención—. Se ven a sí mismos como mercenarios que trabajan por su propia cuenta y responden a su agenda. Eso es peligroso. Saben demasiado, pero no les preocupa lo que realmente buscamos.

—No podría estar menos de acuerdo con cada una de las posiciones planteadas —afirmó el líder de los Conspiradores, que propuso el tema inicialmente—. Según los últimos reportes, nuestro contacto no ha hecho mención alguna sobre que debemos tener especial cuidado con ellos. No obstante, reitero la importancia de extremar nuestras precauciones. El problema de quienes se conducen por motivaciones excesivamente personales es que no son capaces de ver el cuadro completo. En ese sentido, a ellos no les importa tanto el futuro como a nosotros. Nuestro cuidado es no contradecir sus necesidades. Hasta ahora ha funcionado porque sus necesidades contradicen las nuestras. Ha sido un trabajo en equipo, aunque ellos crean formar el suyo al margen del nuestro. Ambos juegos no tendrían por qué ser incompatibles después de todo. Solo que ellos nunca comprenderán verdaderamente lo que hacemos. ¿Por qué habrían de hacerlo más allá de sus habilidades especiales y fuera de esa venganza particular que tanto les satisface? Nosotros en cambio estamos aquí por un propósito mayor. Y esa es una diferencia sustancial que siempre debemos tener en cuenta cuando lidiemos con ellos.

El jefe de los Conspiradores no demostró gran preocupación respecto a Jericho y Damascus, lo cual resultó reconfortante para quienes aún veían con recelo la participación que estaban teniendo hasta el momento. Tal como se dijera, para ninguno quedaba duda alguna de cuál era ese «propósito mayor» al que se refería el jefe de los Conspiradores: ¡El Proyecto Enoch no debía ocurrir bajo ningún concepto! De lo contrario de nada habría servido erradicar a los implicados en el Proyecto original. No son las personas las que representan un peligro, sino las ideas que sobreviven incluso cuando estas ya no se encuentran entre nosotros.

El Proyecto Enoch era la preocupación primordial en la agenda, aunque apenas se atrevieran a mencionarlo al principio de la reunión. Querían llegar cuanto antes a dicho tema, pero esperaban a que algún otro lo mencionara primero. Por supuesto, se trataba de un asunto en extremo delicado por su relación con el Gobierno de Nixon. Cuando se aludía a la necesidad de no permitir los avances del Proyecto Enoch, cuya pretensión consistía en continuar aquello que el anterior Proyecto no fue capaz de lograr, eso enseñada se traducía de una sola manera: acabar con la gestión de Nixon antes de que culmine su mandato.

Situaciones cruciales demandaban acciones inmediatas, y para que estas se llevaran a cabo debían llegarse a acuerdos tan pronto como fuera posible. En tiempos de paz, el Proyecto Enoch podría desenvolverse con mayor éxito y confidencialidad, amparado por una parte de la presidencia encabezada por Nixon junto con otro grupo de personas poderosas, quienes querrían retomar los experimentos para crear armas humanas que garanticen éxito ante una futura confrontación con Rusia o alguna otra potencia enemiga. Los Conspiradores tenían muy claro, a pesar de algunos desacuerdos en cuanto a los medios para lograrlo, que para detener los avances de este nuevo Proyecto debían adelantar los planes en contra de Nixon que ya se habían fra-

guado y discutido desde meses atrás. La contingencia daba paso a la acción. No había tiempo para esperar.

—¿Qué propones entonces? —preguntó Ford, uno de los más interesados en activar cualquier plan que destruyera políticamente la gestión de Nixon—. ¿Debemos seguir esperando o ponemos en marcha lo que hemos discutido en otras sesiones?

Esta vez el líder de los Conspiradores, que había comenzado a hablar, decidió ponerse de pie. Era un hombre alto y de brazos largos. Este gesto conseguía que todos alzaran las cabezas y, en cierto modo, con esto resaltaba su autoridad por encima de ellos. Una jugada maestra cuando se trataba de dar una orden para la cual no querías escuchar objeciones ni estabas dispuesto a concederles crédito.

—El tiempo de esperar llegó a su fin —respondió el líder de los Conspiradores y la contundencia de su voz consiguió que algunos tragaran saliva desde sus asientos—. Propongo que demos comienzo a la Operación Diluvio.

Desde hacía varias sesiones se esperaba que alguien lo propusiera, y si bien gran parte de los presentes estaban de acuerdo con dar comienzo a la Operación, ninguno se había atrevido a formularlo. Así que cuando finalmente alguien la formuló abundaron las cabezas gachas y las miradas desconfiadas de un lado a otro. El jefe de los Conspiradores sonrió escrutando los rostros de cada uno de los presentes, esperando que alguien expresase alguna disconformidad al respecto o reiterase su apoyo total a la propuesta.

—¿Estás seguro? —preguntó tímidamente alguien de menor rango entre los asistentes—. Es una gran responsabilidad. Deberíamos someterlo a votación.

El jefe de los Conspiradores le dedicó una sonrisa maliciosa seguida de un suspiro hastiado antes de responder:

—Deberían estar más entusiasmados —observó—. Nos hemos reunido durante muchos meses para llegar a este momento. ¿Por qué no parecen alegres? Muchos de ustedes se beneficiarán directamente de los resultados de la

Operación Diluvio si cumplimos con nuestros objetivos. Eso se traducirá en más poder y control del que nunca antes han tenido y del que nunca tendrán si Nixon sigue en el cargo. Pero por supuesto que haremos una votación. Para eso vivimos en la nación más democrática del mundo occidental. Esos son precisamente los valores que queremos preservar. Levanten la mano quienes están de acuerdo con que activemos la Operación Diluvio de inmediato.

No todos lo hicieron enseguida y en cambio esperaron ver algunas manos alzadas antes de unirse. La mayoría de los presentes estaban de acuerdo, incluidos Ford y aquellos que trabajaban en el gabinete de Nixon. Entre quienes no se encontraba el que propuso la votación por su aprobación.

—De acuerdo, una vez más la democracia ha triunfado—celebró el jefe de los Conspiradores con un dejo de cinismo—. Asumo que quienes no alzaron la mano consideran que aún debemos esperar y no que la Operación Diluvio sea inapropiada, ya que si eso es lo que piensan no comprendo qué hacen aquí.

Los señalamientos de esta declaración causaron que quienes se abstuvieron de levantar la mano bajaran la cabeza avergonzados, evitando las miradas que pesaban sobre ellos. Su objeción podría ser malinterpretada como un torpe paso en falso que demostraba inseguridad y falta de confianza en el grupo o, por otra parte y en el peor de los casos, levantaría sospechas sobre su fidelidad respecto a la Operación Diluvio. Lo cierto era que incluso aquellos que alzaron la mano, en tanto algunos lo hicieron dudosos y prácticamente sintiéndose obligados por miedo a ser interpelados, veían en la activación de esta Operación la posibilidad de muchos riesgos capaces de volverse en su contra.

Sin embargo, el jefe de los Conspiradores parecía muy seguro de su determinación para darle comienzo. Si bien cada uno de ellos albergaba sus dudas sobre si ese era el momento apropiado, la decisión con la que este sacó el te-

ma a colación y luego propuso una votación para activarla sirvió como el impulso que necesitaban para confiar en algo que deseaban.

—Me parece excelente —declaró Ford—. Eso quiere decir que entramos oficialmente en la primera fase de la Operación, ¿no es cierto?

Enseguida comprendieron a qué se refería, pero esperaban a que el jefe de los Conspiradores confirmara la pregunta.

—Supones bien —apoyó—. Y para eso necesitaremos la ayuda de nuestros amigos en la Casa Blanca.

Tras decir esto señaló educadamente a Young, Krogh y Ehrlichman. Las miradas de los presentes se posaron enseguida sobre ellos y se sintieron muy intimidados. Si alguno hubiera querido retractarse sobre esa ayuda en particular que sugerían las palabras de quien presidía la reunión no tendría el atrevimiento de hacerlo. En lugar de una sugerencia parecía una orden directa, así que asintieron para dar a entender que estaban de acuerdo con lo dicho.

—Estupendo —celebró el jefe de los Conspiradores—. Queda constancia, bajo el testimonio de todos los aquí presentes y gracias a la mediación de nuestros colaboradores, que a partir de hoy se pondrá en marcha la primera fase de la Operación Diluvio: la formación de los «fontaneros de la Casa Blanca». Para ello contaremos también con la participación de Daniel Ellsberg, quien preparará los «papeles» para su posterior filtración.

La sensación de que ya no habría vuelta atrás se instauró en el elegante salón como una sentencia. La «filtración de los papeles» implicaba la inclusión del Pentágono, por lo que resultaba una movida peligrosa capaz de desembocar en una jugada maestra o en un estrepitoso fracaso. Sin embargo, cada paso fue planeado con antelación y contaban con personas altamente calificadas para cumplir a la perfección cada fase. Si algo salía mal no sería por ineptitud, sino por culpa de un delator. Siempre existía esa pro-

babilidad, pero debían esforzarse en confiar los unos en los otros en la medida de lo posible.

La reunión se dio por terminada. Quienes hubiesen querido discutir un poco más sobre el rol que desempeñaban sujetos como Jericho o Damascus no obtuvieron las respuestas que habrían deseado. Si bien hasta ahora ambos hombres resultaron altamente beneficiosos para los objetivos de los Conspiradores, todavía existían muchas preguntas sobre cómo los usarían en el futuro. El problema con sujetos renegados como ellos era su impredecibilidad, por muy útiles que fueran en primera instancia. No eran la clase de personas que se dejaban comprar fácilmente si esto contradecía sus motivaciones. Hacía falta también resolver el «pago» que podrían darles para que se retiraran sin dejar rastro de su comprometedor participación.

No obstante, nadie volvió a traer el tema de Jericho y Damascus a colación. Por lo tanto se dio por sentado que ya no quedaba ningún asunto pendiente hasta la próxima sesión, cuando seguramente empezarían a discutir sobre los avances que hicieran los «fontaneros de la Casa Blanca» a medida que se pusieran manos a la obra. Así que, a pesar de las dudas o los miedos razonables que albergaran en su interior, se impuso una esperanza compartida que dejó a todos conformes y satisfechos por el modo en que se desarrollaron los acontecimientos hasta entonces. Hasta cierto punto reconocían en esa esperanza un alivio. Si sus planes resultaban según lo esperado, el Proyecto Enoch sería detenido antes de que comenzara formalmente y, de igual manera, el presidente Nixon quedaría expuesto.

Agradecieron finalmente la determinación con la que el jefe de los Conspiradores dispuso sus órdenes. Les hacía falta que alguien se atreviera a tomar las decisiones difíciles y las ejecutara sin dar pie a segundas lecturas inspiradas por el temor a fracasar. Aunque si algo les quedaba claro era que fracasar no era una opción. Debían triunfar a cualquier costo.

Capítulo 1

Muskogee, Oklahoma, marzo 1971

Cualquiera que los viera diría que conformaban una familia disparatada, integrada por sujetos tan disímiles que nadie sería capaz de adivinar las razones por las cuales se mantenían tan unidos. Convivían en un piso franco reducido, bastante modesto, con su decoración mínima compuesta de mobiliario barato. En cierto modo, el espacio era muy pequeño para que tres personas convivan en él, aunque hasta el momento el hacinamiento no representaba un problema demasiado grave como para comentarlo.

Los rayos del sol entran por la ventana de una forma molesta, pero ninguno quiere ponerse de pie para cerrar las cortinas y aminorar el calor dentro del apartamento. Son los signos de que el invierno ha llegado a su fin y la primavera se siente a gusto con su reinado.

Reunidos en la «sala» principal, Anezka posa su mirada de un extremo a otro, observando indistintamente a Jericho y Damascus, quienes no le prestan atención y parecen decididos a no moverse. Ella tampoco quiere ceder y ser la que cierre las cortinas. No le gusta que piensen que tienen el control, incluso cuando no le dicen lo que debe hacer. Así que pretende fingir que no le molesta la incidencia del sol sobre su rostro, acomodándose de tal forma en el sillón para aminorar el impacto de los rayos mientras estos pegan en su espalda.

Jericho apenas se mueve, con la respiración serena en su pecho, recostado en el sofá grande, bajo el cual se halla

a su alcance la cerveza a medio tomar. Anezka advierte que lleva al menos tres días usando la misma camisa, la cual ahora no solo luce vieja, sino arrugada y un poco sucia. A pesar de su observación se reserva el comentario, ya que no quiere responsabilizarse de la higiene y el cuidado de la ropa de ambos hombres. En contraste, ella luce impecable, con un vestido oscuro de buena factura. Tampoco se permite, en el acto de descansar, parecer demasiado masculina o descuidada frente a ellos, así que tiene sumo cuidado de adoptar una pose con la espalda recta y cruzando las piernas con gracia.

El caso de Damascus es muy distinto. Anezka también le dedica unas pocas miradas de reojo, ya que no le agrada hacer contacto visual con él demasiado tiempo. A pesar de que es capaz de mantener una conversación con Damascus con la misma naturalidad y provocación que emplea para hablar con Jericho, siempre se sentía tensa al considerarse sometida bajo su escrutinio. Incluso en una situación tan doméstica como esta hay algo en Damascus que no parece humano, a diferencia de Jericho. Por ejemplo, en ese preciso instante, mientras ambos descansan, Damascus permanece de pie, prácticamente sin mover un músculo, apoyado en la pared, observando a lo lejos la vista que le ofrece la ventana. Su excentricidad resalta estando ahí, al fondo de la amplia sala, con las manos en los bolsillos, el rostro imperturbable y la mirada fija en un punto. No frunce el ceño ni se rasca la nariz, ni ejecuta ninguna de esas acciones tan normales. Se podría afirmar que apenas parpadea.

A Anezka le asusta su impersonalidad, aunque no lo reconoce a viva voz, y por esta misma razón evita quedarse absorta observándolo, precisamente porque, debido a su rareza, es una de esas personas que resultan fascinantes de ver para estudiar cada uno de sus mínimos gestos y movimientos. Entretanto se da cuenta de que, por encontrarse al otro extremo del piso, es el menor perjudicado por el